CAT
EL DÍA DE LA GUERRA

SANTIAGO MORATA

nowtilus

Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: *Cat: el Día de la Guerra*
Autores: © Santiago Morata

Copyright de la presente edición © 2014 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-578-7
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-579-4
ISBN edición digital: 978-84-9967-580-0
Fecha de edición: Abril 2014

Impreso en España
Imprime: Gráficas Díaz
Depósito legal: M-6864-2014

Esta novela es una completa ficción y cualquier parecido con la realidad es
pura coincidencia, salvo las referencias al pasado histórico,
fruto de una investigación corroborada por historiadores de prestigio.
Todos los personajes y circunstancias descritas en la novela
son imaginarios y no están inspirados en ningún hecho o persona real.
CAT es una obra literaria de ficción política,
una ucronía que relata la peripecia de unos personajes inventados,
situados en un futuro histórico ficticio.

A mis amigos catalanes.
A Cataluña, tierra que amo profundamente.
A Aragón, mi tierra.
A España.

La ciencia heredada de cien generaciones
y el orgullo fruto de cuatro mil años de historia
huyen como esclavos cogidos en falta
ante la amenaza tempestuosa.
Ippolito Nievo

La historia es una galería de cuadros en la que hay pocos originales
y muchas copias.
Alexis De Tocqueville

Me maravillo a menudo de que la historia resulte tan pesada,
porque gran parte de ella debe de ser pura invención.
Jane Austen

Una historia no es sólo verdad cuando se narra cómo ha sucedido,
sino también cuando relata cómo hubiera podido acontecer.
J. Mario Simmel

Índice

Índice de personajes 13
Prólogo 15
PARTE I. Año 0. Clima de violencia
Capítulo 1. Joan 19
Capítulo 2. Samuel 27
Capítulo 3. Jero 37
Capítulo 4. Joan 43
Capítulo 5. Pere 51
Capítulo 6. Gemma 57
Capítulo 7. Samuel 71
Capítulo 8. Mark 79
Capítulo 9. Joan 89
Capítulo 10. Jero 107
Capítulo 11. Mark 115
Capítulo 12. Gemma 131
Capítulo 13. Pere 139
Capítulo 14. Joan 147
Capítulo 15. Gemma 169
Capítulo 16. Jero 177
Capítulo 17. Samuel 201

Capítulo 18. Mark 207
Capítulo 19. Pere 217
Capítulo 20. Gemma 235
Capítulo 21. Joan 243
Capítulo 22. Jero 255
Capítulo 23. Mark 265
Capítulo 24. Samuel 273
Capítulo 25. Gemma 283
Capítulo 26. Joan 291
Capítulo 27. Mark 299
PARTE II. 27 de octubre.
Día D: elecciones generales en España.
Capítulo 28. Samuel 313
Capítulo 29. Mark 321
Capítulo 30. Gemma 329
Capítulo 31. Joan 337
Capítulo 32. Jero 347
Capítulo 33. Mark 353
Capítulo 34. Samuel 359
Capítulo 35. Gemma 363
Capítulo 36. Joan 367
Capítulo 37. Jero 381
Capítulo 38. Mark 389
PARTE III. 4 años después
Capítulo 39. Samuel 407
Capítulo 40. Joan 413
Capítulo 41. Mark 419
Capítulo 42. Jero 429
Capítulo 43. Gemma 437
Epílogo 445
Agradecimientos 447

ÍNDICE DE PERSONAJES

SAMUEL MORALES, nieto de inmigrante peruano
Su mujer Juana, sus hijas María, la pequeña, y Lina, la mayor

JOAN PONS
Su novia Montse

JERO MÁRQUEZ.
Su tía y tío, sus primas Rocío y Candela

PERE AMADOR
Su mujer Alicia

GEMMA MASIP
Su exnovio Antonio

MARK BLANCHARD
Su exmujer, Gretel

Secundarios:
Arcadi Estadella, político
Matías, dueño de una discoteca de Pedralbes
Julián, policía
Jaume Corts, el líder del partido catalán
Isabel Vázquez, líder del Gobierno conservador en España

PRÓLOGO

Hace ya algún tiempo que Santiago Morata nos tiene acostumbrados a sus novelas históricas sobre Aragón y el Antiguo Egipto; en todas ellas ha demostrado un magnífico pulso narrativo y una magnífica capacidad para la narración.

Ahora, Santiago nos sorprende con una novela que se podría calificar de historia ficción, ambientada en un futuro cercano en la que una guerra por la independencia de Cataluña aparece como telón de fondo de una ucronía. En la novela se plantea una hipótesis que, en principio, parece descabellada e imposible: una guerra entre Cataluña y el resto de España por la independencia de esta comunidad autónoma.

Con una excelente puesta en escena y un tracto narrativo que avanza a una velocidad vertiginosa, discurren por el texto, en el que no faltan referencias a la historia, personajes atrapados en una maraña de intereses personales, ideologías confusas y postulados políticos en los que, pese que son una ficción, podrían reconocerse personajes y situaciones perfectamente asimilables con la situación de Cataluña y España en el año 2014.

La miseria de la política, la desmedida ambición de poder, la cerrazón de ciertas ideologías, la ceguera de los responsable públicos ante el interés común…, y muchos más problemas históricos, políticos y sociológicos se suceden en las páginas de este libro, que en el fondo no es sino una reflexión sobre uno de los principales problemas de España: la articulación territorial y las relaciones entre las distintas comunidades de un país y de estas con el poder central.

Porque la dinámica centrípeta del poder y su contraria centrífuga en la política española no ha dejado de ser uno más de los hilos conductores de la historia de España en los dos últimos siglos.

Esta novela es una apuesta arriesgada y valiente de un escritor como Santiago Morata que, lejos de actuar como un cronista ajeno a la narración, se inmiscuye en lo que narra.

El lector encontrará en esta novela mucha acción y una vorágine de acontecimientos que se suceden sin dejar apenas un instante de reposo para tomar aliento, pero también, y en mi opinión aquí radica uno de los principales méritos de este libro, una novedosa manera de afrontar –proyectando los problemas del presente en un futuro imaginario– los graves conflictos sociales y políticos de la España contemporánea. Un acierto. Disfrútenla.

© José Luis Corral, 2014

PARTE I

AÑO 0. CLIMA DE VIOLENCIA

1

JOAN

Barcelona, 5 de junio

Si abordas una situación como asunto de vida o muerte, morirás muchas veces.
Adam Smith

La manifestación llegaba a su fin. Tras recorrer varias calles de Barcelona de modo pacífico, al fin concluía en la plaza Catalunya, donde el cielo del atardecer se velaba con el humo de los cigarrillos y el calor.

Resultaba patético ver aquella multitud vistiendo el paseo de Gracia con camisetas del mismo color, como si fuera un *tifo* de los que se suelen llevar a cabo en el Nou Camp cuando se juega contra el Madrid. Parecía una bonita jornada en familia donde se reúne la gente en buena armonía a expresar su voz.

«¡Y una mierda!».

Al menos oficialmente, así debía ser.

La gente ya se sabía el orden, como si se tratara del libreto de la ópera, y los «ciudadanos de bien» se apresuraban a abandonar la plaza, mientras nuevos elementos se iban adhiriendo a la multitud.

«Los que no quedaban bien entre las pancartas y junto a los jerséis de color salmón, los pelos engominados, las americanas con coderas y las consignas almibaradas, de esas que riman».

«De esas que riman».

Era su turno de entrar en acción.

Dio la orden y todos se pusieron en marcha.

Levantó la vista, dando una vuelta sobre sí mismo. Sonrió. Estaba reconociendo el campo de batalla.

«¡Me encanta!».

Era como llevar a la realidad uno de aquellos juegos de rol en los que se decidía sobre la vida y la muerte… ¿Y en qué mejor escenario que la plaza Catalunya?

Se sintió vivo. Sudaba, y no sólo por el pegajoso calor húmedo del atardecer, sino por la excitación. Siempre gustaba de vivir aquellos momentos previos

a la acción como si fueran los últimos, mientras dejaba que la droga de la rabia se repartiera bien por cada vaso sanguíneo.

Vio los edificios cambiar de tono a medida que el sol comenzaba a caer, aunque el calor no remitiría un ápice. Conocía cada manzana, cada casa y cada centro comercial. Le encantaba esa ciudad. Su ciudad. Desde el Tibidabo al mar y desde Cornellá hasta Badalona. Respiró hondo y llenó sus pulmones de aquel aire ligeramente viciado, que luego se enrarecería del todo.

«¡Es la hora!».

Joan odiaba aquellas pantomimas. Los políticos que se ponían en primera fila sosteniendo la *senyera* y sonriendo a las cámaras de fotos y televisión. Así no se conseguía nada. Nadie prestaba atención en los telediarios a ninguna manifestación en la que saliesen pancartas impresas industrialmente y sonrisas por doquier.

Eran ellos los que conseguían la notoriedad que necesitaban. Ellos los que se jugaban la piel enfrentándose a los *mossos d'esquadra* y los geos, y poniendo nerviosos a los políticos en Madrid.

Los últimos manifestantes comenzaron a dispersarse.

Sonrió de nuevo.

Cubrió su pálida cara con el pasamontañas negro; sentía vergüenza al tener que cubrirse, pero de momento era aún necesario. Un día podrían hacerlo con la cara descubierta, la frente bien alta y sin miedo. Tal vez entonces reconocerían su labor.

Sintió calor y picor, pero la adrenalina le poseyó como la mejor de las drogas cuando comenzó a gritar y a sacar de su mochila los primeros cócteles molotov.

Sus compañeros de militancia y amigos se apiñaron a su alrededor y sintió una palmada en la espalda. No se volvió, aunque una cabeza cubierta con una bolsa de tela, bajo la que asomaba una preciosa melena rubia se situó a su lado.

—¡Dales caña!

Vio sus ojos sonreír. Si todo salía bien, aquella noche, el poso de adrenalina junto con un par de porros y el ardor amoroso de aquella belleza se lo harían pasar muy bien.

Pero no era momento para distraerse. Los primeros conatos de lucha se hicieron patentes y los cordones policiales avanzaron en tímidas carreras hacia ellos.

Tomó la primera de las botellas con una mano, prendiendo la mecha de tela que asomaba por el cuello.

Sopesó la botella, haciéndola saltar levemente en su mano mientras apuntaba a la mayor concentración de monos, como los llamaban, con sus armaduras de Kevlar, sus fusiles de bolas de goma y los tanques de agua que esperaban tras ellos. Tensó su brazo y, apretando los dientes, lanzó con todas sus fuerzas la botella.

Tenía mucha práctica. No en vano era el líder de los jóvenes revolucionarios y ya contaba con muchos combates a sus espaldas, lo que le hacía muy respetable y popular, no sólo entre sus camaradas, sino en los archivos policiales, aunque no era fácil de cazar. Existía una especie de jerarquía. Todos luchaban como el que más, pero a la hora de replegarse y huir, había que proteger al líder. Era lo más básico del manual, cuya mayor parte había escrito él mismo basándose en las biblias revolucionarias y anarquistas que había devorado.

Siguió la parábola de la botella hasta que el tumulto le impidió saber si había acertado, aunque los gritos y el murmullo creciente le dijeron que había sido un buen lanzamiento. Rio con fuerza y sus compañeros vitorearon la consigna.

«¡Mas simple imposible!».

—¡CAT!

—¡CAT!

—¡CAT!

En un momento, la pacífica manifestación se convirtió en su campo de batalla. Los primeros botes de gas cayeron entre ellos dispersándolos, aunque ni de lejos mermaron su capacidad.

Levantó la vista, buscando a los suyos, y al momento, gruñó de decepción. Odiaba a los que rompían escaparates, y no por incivismo, sino por cobardía. Sólo los que no querían enfrentarse a la policía disimulaban el pánico ante los camaradas rompiendo cristales como niñas, aludiendo que era parte del código antisistema. Luego serían los que más alto gritarían sus chorradas antiimperialistas.

«¡Putos cobardes!».

Estaban allí para joder a España, no para saquear prendas de marca. El puto centralismo que los exprimía y les negaba su destino como país independiente. Los putos socialistas que les prometieron la independencia a cambio de los votos necesarios para gobernar, y un día sí y otro no, se echaban atrás como ratas, buscando sacar un poco más en la negociación.

La plaza ya era un infierno de gases, pelotas de goma que volaban, y las primeras cargas de los antidisturbios.

Se distraía con facilidad, pero eso había acabado. Recordaría el nombre de los cobardes.

Gritó, llamando a sus valientes y ordenándoles un barrido.

Lanzaron sus cócteles y tomaron sus armas; palos, bates y otros garrotes improvisados que no pudieran identificarse como armas ante los medios, para que no les juzgasen como asesinos; que era lo único que les faltaba, que les tratasen como criminales cuando eran patriotas.

Tenían muchos adeptos y poderosos mecenas que les pagaban abogados que les sacaban de la cárcel a los pocos días…

Pero nadie que se atreviese a dar caña como ellos.

Giró su mochila y sacó una enorme llave inglesa. Era el único que tenía huevos de llevar algo así.

De nuevo, reconoció el terreno girando sobre sí mismo.

«¡Dios!».

Cómo le gustaba aquel cuadro. Los perfiles de los grandes edificios que rodeaban la plaza Catalunya, atenuados por el humo de los gases, los colores de las bengalas y las luces de los coches de policía, los almogávares corriendo con los ojos entornados bajo las máscaras y capuchas, llorosos por los gases lacrimógenos, blandiendo sus armas improvisadas. Parecía un retrato. Una alegoría de la épica, de la forja de un país.

«¡Una auténtica revolución catalana! ¡Y él era el protagonista!».

Durante unos instantes, disfrutó de aquella escena, sintiendo la adrenalina fluir y su corazón golpear más deprisa.

Mientras continuaba el bombardeo con las botellas inflamables y los más pusilánimes apenas forcejeaban con los antidisturbios, se metió entre ellos ocultando su arma, hasta que golpeó al primero con saña en el cuello. Cayó como un fardo. Fue hacia el segundo y le golpeó la pantorrilla con fuerza. El acolchado poco pudo hacer y cayó también, agarrándose la pierna. Los compañeros se acercaron para retirarle del campo de batalla y la refriega se concentró allí. Blandió la llave inglesa y a uno que bajó la guardia al agarrar al compañero, le acertó en un hombro.

Ya no pudo ocultarse más, pero le daba igual. Estaba como poseído y sentía una euforia que no le daban ni la cocaína ni el sexo. Una fuerza que no parecía surgir de su cuerpo largo y flaco, aunque fibroso y fuerte.

Repartió golpes, sabiendo cuándo debía replegarse y cuándo atacar, conocedor de las técnicas de los monos. No en vano, un expolicía era quien los entrenaba.

Su valor contagiaba a su grupo. Se imaginaba combatiendo como aquellos almogávares catalanes de leyenda que fueron la vanguardia más salvaje del mundo. Así se hacían llamar.

Sintió un golpe en un costado y gritó de rabia. Una pelota de goma. Se masajeó la zona dolorida para evitar un hematoma y calmar el dolor. Sonrió. No se había roto una costilla. Una pelota disparada desde una distancia corta podía incluso ser mortal si te acertaba en un punto clave.

El dolor espoleó su furia y continuó golpeando.

Se sentía como un dios, poderoso, implacable e inmune a los ataques de los monos, que parecieron retirarse.

Gritó de alegría, ebrio de poder.

Pero no era una retirada…

Sino una trampa.

Lo supo al instante. Por el modo de correr de los monos supo que aquello estaba ensayado. No habían sido sino el cebo y ahora les caería la de Dios.

«¿Pero cómo no lo veía nadie más? ¿Es que eran todos estúpidos?».

—¡Retirada! ¡Nos vamos! ¡Que vienen los geos! ¡Es una trampa! ¡Corred!

Pero no había dónde huir. De las calles adyacentes a la plaza comenzaron a salir monos y geos como hormigas, sin dejar entre ellos el lugar que ocupa un hombre.

No había salida.

Los habían traicionado.

Los mismos mecenas que les pagaban el sueldo, les advertían cuándo la cosa iba a ponerse especialmente fea para que supieran cuándo y dónde huir, pero allí no había dónde refugiarse. Ni en los comercios, ni en las casas. Habían cubierto los accesos con rapidez. Nunca había visto un despliegue semejante.

Los habían vendido a los políticos. Mañana los telediarios hablarían de una victoria sobre los antisistema y los abuelos en sus casas sonreirían y los llamarían perroflautas.

La rabia le inundó.

¡Pues darían guerra!

Llamó a Montse –la melena rubia– y a sus lugartenientes.

—Vamos a concentrar las botellas que nos queden en un solo frente para intentar atravesarlos. Entonces nos dispersamos y nos escondemos hasta que escampe. El que se acojone, mañana se las verá conmigo.

Escogieron el frente del Portal de l'Angel que parecía el menos defendido y el mejor para huir por entre las callejas del Barri Gotic, y corrieron hacia él, gritando y esquivando las bolas. Joan tenía miedo de que, una vez separados de los manifestantes pacíficos, utilizasen municiones de verdad y les disparasen balas en vez de pelotas, pero no podían hacer otra cosa y a él no le salía de los huevos dejarse coger como un conejo.

Corrió como un loco, y cuando les quedaban apenas treinta metros, gritó y de la segunda fila, se lanzaron unas veinte botellas –siempre se guardaban las últimas por si la cosa se ponía fea– a la vez.

Fue una carnicería. Varios monos se retorcieron entre llamas, y otros les ayudaron patéticamente.

Saltaron sobre ellos ignorando el fuego.

Jamás había estado en una movida como aquella. Los golpes llovían de todas partes y él, a su vez, no dejaba de golpear con su llave inglesa. Vio cómo muchos atravesaron el cordón y corrieron hacia las callejas del Barri Gotic, pero él estaba rodeado. Parecía que le conociesen.

«¿Dónde cojones ha quedado el rollo de proteger al líder?».

Esperaban que echase a correr y cerraron el paso tras los últimos huidos. Creían que se iba a rendir. Eufórico y chutado de adrenalina, casi se echó a reír.

«¿Querían barro? ¡Pues les iba a dar!».

Y sintió de nuevo la fuerza doblarse en sus brazos, fruto de aquella droga que le hizo ignorar el propósito de huir y sólo se concentró en golpear monos.

Hasta que le rodearon y comenzó a encajar los primeros bastonazos de las porras cubiertas de goma.

Se ensañaron con él en todas las partes de su cuerpo.

Ya tumbado, y antes de perder el conocimiento, pensó:

«Espero que me hayan sacado bien en la tele. Ya que esta noche no iba a follar, por lo menos que se acordasen bien de mí».

Joan despertó entre dolores que conocía bien, pero al abrir los ojos encontró un paisaje totalmente desconocido.

Extrañado, inspeccionó con la mirada la estancia.

«Esto no se parece a la enfermería de la prisión».

Se miró. Llevaba puesto un pijama de seda tan suave que parecía que estuviese desnudo. Si le hubieran enseñado la prenda antes de ponérsela, la hubiera rechazado en defensa de su hombría, pero era muy cómoda. Las sábanas de la cama también eran de un tejido que no se parecía en nada a las bastas telas de algodón o lino comunes.

Era una habitación de hospital, pero no respondía al trato que solía recibir. En esta ocasión se trataba de un hospital de los lujosos. Si no fuera por los tubos y las máquinas, hubiera pensado que estaba en la suite de un hotel.

Jamás había estado en un lugar tan lujoso. Los muebles eran puro pijerío; el suelo brillaba de puro limpio sin parecer el clásico linóleo de hospital; tenía un baño que adivinó sería la hostia, y una terraza con muebles de bambú y todo. Incluso un jarrón con flores, que eran bonitas hasta para su gusto ordinario. Nunca le habían llevado flores, y a pesar de ser una mariconada, agradeció el olor a limpio y la fragancia. Las enfermerías carcelarias olían a todo menos a flores.

Estaba de suerte. Y fuera lo que fuese, no iban a llevarle al trullo después de aquello; así que se serenó.

Mató el tiempo palpando su cuerpo, buscando heridas y huesos rotos, pero aparte de un sinfín de hematomas, un ojo hinchado y un dolor de cabeza del quince, estaba bien.

«Para la ensalada de hostias que me han dado…».

Fue una enfermera que tampoco hubiera visto en la cárcel. Resultaba tan impresionante que se cortó de tirarle los tejos. Claro que tampoco estaba para botes con el dolor de cabeza que tenía. Le sonrió y le cambió un par de vendajes. Se dejó hacer, impresionado por su delicadeza.

«¡Qué coño, y por lo buena que está!».

Al rato entró un hombre trajeado y bien plantado.

«¡Hostia! Un político. ¡Cuidado con este!».

Normalmente, ese tipo de gente le generaba rechazo y desprecio, pero este no era un político al uso. Había algo raro en él que le dijo inmediatamente que debía tener cuidado con él. Era peligroso y al menos merecía un respeto, como una culebra mala.

—Buenos días, Joan. ¿Cómo te encuentras?

«¡Estoy en un hospital. No te jode!».

—Bien. Me duele la cabeza.

—Llamaré para que te den algo.

«Está jugando al poli bueno».

—¿Quién eres y qué hago yo aquí?

El hombre misterioso se sentó en la cama. Su cara angulosa y sus ojos pequeños, junto con las profundas arrugas de expresión negativa –no las que luce una persona sonriente– le dijeron que era peligroso y vengativo, y sin embargo sonreía y parecía querer agradarle, aunque no era la sonrisa jovial de un niño o la de una mujer enamorada, sino algo prefabricado como la mala *pizza*.

—Hace tiempo que te venimos siguiendo. Nos gustas y queremos que trabajes para nosotros.

Esto sí le sorprendió.

—¿Por qué?

—Porque eres valiente y crees en la independencia de nuestro país.

—¿Porque pego más fuerte que los demás?

—No. Si te hubiéramos querido reclutar antes o pararte los pies, lo hubiéramos hecho ya. No te lo creas tanto. Pero sí tienes fe. Sigues adelante cuando los otros se esconden. Y tienes convicciones más profundas que el resto. Eso nos gusta.

—No sé. Sigo pensando que os habéis confundido de hombre. No tengo yo un buen currículum…

—Te equivocas. Para lo que queremos de ti, tienes el mejor. Además, sabes hablar y tienes cierta educación. No eres un puto garrulo como tus amigos. Hablas como si te movieras entre universitarios y, a pesar de tu pasado, eres inteligente y capaz de razonar y analizar.

—Eso es fruto del reformatorio. Es lo único bueno que me dieron, aparte de hostias sin consagrar e intentar desvirgarme por detrás. –Joan se incorporó en la cama. Cruzó las piernas entre dolores–. A ver; lo primero: ¿quién eres o quiénes sois?

—Mi nombre es Arcadi; soy político del *Govern,* aunque extraoficialmente, represento al ejército independentista catalán. No a la milicia, sino al verdadero ejército.

El joven rio.

—Es la primera vez que lo oigo, y aunque exista, no me veo yo desfilando.

El tal Arcadi sonrió. Joan de nuevo pudo constatar que no estaba acostumbrado a hacerlo y, más que una sonrisa, fue una mueca gatuna que desfiguró su rostro, lo que le dio más sensación de peligro.

«Malo. Mide las palabras con este tío».

—Hay muchas clases de soldados y para eso ya están los chicos comunes, los que son fáciles de reclutar. Tú eres diferente y eso te hace bueno para ser un soldado distinto y exclusivo. Sin uniformes ni disciplinas, salvo obedecer a tu superior.

Joan cabeceó para espabilarse.

—Me estoy mareando. ¿Por qué no hablamos claro? No pareces alguien a quien le guste perder el tiempo.

Arcadi se acercó. Joan supo que iba a ser examinado en cada gesto.

—¿Tienes cojones de poner una bomba en Madrid?

El chico sonrió.

—¿Así que es eso? –gruñó–. Lo podías haber dicho antes. Puedo bombardear España entera si hace falta.

—¿Y no te acojona matar gente?

—Ya sabes que no.

—No intentes impresionarme. ¡No sé una mierda! Lo de ayer fue una estupidez. Catalanes contra catalanes con palitos y fuegos artificiales. Si eso pasa es porque nosotros lo permitimos.

—¿Para dar titulares a las noticias centralistas?

—Así es. Pero eso no es luchar. ¿Pondrías una bomba en una escuela si te lo mando? ¿Te acojonaría matar niños?

—Si son españoles y sirve para reclamar nuestra independencia, me da igual. Esos cabrones nos han matado cuando han querido, de tantas maneras distintas que tendría que poner muchas bombas para compensar eso.

—Así es. Pero no quiero que hables. No más consignas, gritos y tonterías de perroflauta. Piensa que deberás pasar inadvertido en Madrid; quizás durante meses, hasta que con una llamada te activemos y hagas lo que tengas que hacer, en silencio y sin dar la nota. Ya veríamos nosotros si reclamamos la autoría o no. Si te queremos es porque eres el único que parece capaz de vivir entre madrileños sin liarla y manteniendo la cabeza fría y la boca bien cerrada. Actúa y mantén la boca cerrada. Es lo que queremos de ti.

—Eso suena un poco moro. ¿No querréis que me ate una bomba al pecho y me haga explotar con ella, no?

De nuevo aquella sonrisa cruel.

«Son muy capaces de pedírmelo. No les des ideas».

—No. O pones tú la bomba o tal vez te utilicemos a ti como correo para activar a otros. –Pareció pensar durante un momento, aunque era una treta de político demasiado artificial–. Sí. Eres demasiado valioso para jugártela. Y decidiremos eso. Pero esperamos mucho de ti. Cuando seamos una nación como debe ser, necesitaremos personas como tú. Pero tal vez te pidamos cosas que te hagan pensar. No todos pueden matar a sangre fría sin preguntarse quién es la víctima.

—Yo sí.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo. Te mandaré un par de meses a un entrenamiento intensivo en espionaje y explosivos, y luego te enviaré a Madrid. No hables de esto a nadie. Ni siquiera a tu «chocho».

Joan se estiró bajo las sábanas.

«¿Cómo puede saber cómo llamo yo a Montse si sólo lo sabe ella?».

Arcadi leyó los efectos de su comentario y sonrió.

—Como ves, tenemos oídos en todas partes. Hay algo más. Si te cogen, no te conocemos. No sabes nada de nosotros ni eres nadie. Búscate coartadas e identidades si quieres, pero aquí –le guiñó un ojo–, al menos oficialmente, nadie va a sacar la cara por ti. –Echó la mano al bolsillo de su chaqueta–. Toma. Para tus gastos. Tratamos bien a los nuestros, y si te meten en la trena, cuando salgas, guardaremos tu dinero y tu sueldo durante el tiempo que estés encerrado. Un sueldo cojonudo. Eso si callas, que si hablas, nos ahorrarías mucha pasta, porque no durarías ni una semana vivo, en cualquier cárcel.

Joan abrió el sobre. No pudo hacerse una idea de la cantidad en el instante que vio el fajo de billetes antes de cerrarlo. Le pareció que no hubiera quedado bien. En cualquier caso, había más dinero del que nunca había visto junto.

—Y recuerda que te hemos escogido porque te sabes comportar, así que no actúes como si estuvieras en una película de Torrente. Tú no eres uno de esos garrulos.

Arcadi se dirigió a la puerta, pero Joan le llamó antes de que la cruzara.

—Tengo una pregunta.

Se volvió.

—¿Sí?

—¿Si me hubiera negado…?

Arcadi negó con la cabeza.

—No hay término medio, Joan. O estás con nosotros o estás contra nosotros. O eres catalán o eres español. De hecho, si nos fallas una sola vez, para nosotros serías ya tan español como la misma presidenta Vázquez. Y recuerda que lo sabemos todo de ti. No tienes familia, pero sí tus amigos, tu novia, la rubia valiente que te acompaña a tirar piedritas, tu futuro… el que sea que tuvieras antes de conocerme.

Cruzó la puerta.

Sonrió. Le había tocado la lotería.

«¡Tal vez después de todo, sí que le tirara los tejos a la enfermera!».

2

SAMUEL

Fraga, 1 de junio del 2019

Algunas personas son amables, sólo porque no se atreven a ser de otra forma.
William Faulkner

Cuando la violencia entra en casa con tal brusquedad, se rompe algo más que un cristal. En concreto, aquella tarde de sábado en que la familia Morales descansaba en el salón viendo un insulso programa de televisión que Samuel odiaba pero consentía ante la mayoría femenina, la piedra del tamaño de una pelota de tenis hizo añicos la cristalera que daba a la galería, llenando todo de cristales, que llegaron a cortar la mejilla de una de las niñas, y gracias a Dios que la disposición del mobiliario del cuarto, con el sofá pegado a la pared frente a la televisión, hizo que nadie recibiese el impacto y el proyectil se alojase en una vieja alacena, rompiendo la vajilla que nunca se usaba.

El matrimonio y las dos hijas quedaron paralizados de terror, agarrados a sus asientos como si viajasen en un avión sacudido por turbulencias. María, la pequeña, comenzó a llorar entre jadeos y su madre la abrazó para mitigar la tremenda ansiedad.

Samuel salió al balcón tras ignorar el ruego de su mujer de que no se mostrase, pues podrían lanzarle otra piedra. Su cara estaba desencajada entre la rabia y el valor que uno no tiene. Mientras abría –podría haber pasado por el hueco que dejó el destrozo– la puerta de la galería, miró a Juana:

—Tranquila, que los cobardes se esconden como ratas. Ya verás como no hay nadie.

Pero ahí estaban. Y no eran críos, como había supuesto, sino un grupo de hombres y algunas mujeres…

«¡Que deberían tener algo más de sentido común!».

—¿Qué coño queréis?

Aún deseaba contemplar la posibilidad de que fuese un accidente.

—¡Vete fuera de Cataluña! –le gritaron.

«¿Cómo?».

—¡Pero qué Cataluña ni qué niño muerto! ¿Qué mierda de geografía te han enseñado a ti? ¡Esto es Aragón!

—¡Ya no! Y no queremos a gentuza como tú.

«¡Pero bueno!».

—¡Espera que bajo y me lo dices a la cara!

Salió corriendo. Su mujer intentó detenerle ante la puerta de casa.

—¡Samuel! No la líes más, por favor.

Pero estaba fuera de sí.

—¡Hombre! ¿Te parecerá bonito que nos quieran echar de casa?

Y salió corriendo por las escaleras. No rezó, deseó con todas sus fuerzas que se acobardasen y huyesen.

Pero al bajar el último tramo de escaleras pudo ver que ahí estaban.

«¡Los cobardes se sienten bien cuando están en grupo!».

Se situó frente al más gallito. Le conocía. Sabía que estaba en el paro, como muchos de ellos.

—Mira, listillo. Puede que te caiga mal, pero nadie me va a acusar de ser mal ciudadano. Yo soy español y aragonés. Tú puedes ser lo que te salga de los huevos, pero deberías respetar que yo pago parte de vuestros subsidios currando diez horas al día.

—Con un trabajo que podría ser nuestro –dijo una voz oculta.

«¡Vaya, qué valiente!».

—No veo al listo. A ver. Mi trabajo es mío. Soy autónomo y tengo mi negocio, que me ha costado mucho levantar. No le quito el pan a nadie y tengo contratadas a dos personas que podrían ser familiares vuestros, así que hago por el pueblo más que tú, y si me obligáis a irme, habréis jodido a dos familias. –Los miró a todos–. No tenéis argumentos razonables contra mí. Si queréis ser catalanes, me parece bien, pero dejad en paz a los demás.

El gallito volvió a adelantarse.

—De eso nada. O eres catalán o eres anticatalán.

«¡Lo que me faltaba!».

—¿Pero a vosotros qué coño de mosca os ha picado? ¡Mira! Ya estoy harto. Meteos en vuestras cosas y dejad a la gente en paz o llamo a la policía.

—¡Nosotros somos la policía ciudadana de Cataluña!

No pudo contenerse.

—¡Vosotros no sois una mierda!

Ni vio venir el puñetazo. Se encontró tumbado en el suelo de tierra. Cuando se levantó, masajeando el ojo que le palpitaba y le dolía horrores, aunque al menos no parecía haber sangre, ya se habían ido.

Buscó con la mirada y vio pasar un matrimonio de abuelos.

—¿Han visto lo que ha pasado? –les gritó.

Resultó muy inquietante ver cómo la señora agarró con fuerza a su marido del brazo y este tan sólo se acomodó la chaqueta.

«Tal vez para caminar con más brío y alejarse del problema. Míralos, los dos erguidos ridículamente como gansos».

—¡Gracias! –no pudo contenerse.

Cuando entró de nuevo, las mujeres de la casa ya habían recuperado parte del aplomo y estaban recogiendo cristales.

Las admiró en silencio. Incluso la pequeña María había dejado de llorar. No tenía un gran carácter como su hermana, a pesar de haber cumplido ya los trece. La habían llevado a su cuarto para que se entretuviese en internet chateando con sus amigas. Ella había querido ayudar, pero no se lo permitieron por miedo a que se cortase. Lina, la mayor, y su mujer, Juana, ya esgrimían escobas, bolsas de basura y recogedores.

Dio gracias a Dios porque nada demasiado grave hubiera ocurrido y por tener una familia tan increíble; su mujer era una belleza morena que esquivaba los años con tanta facilidad como le caían a él. Sus hijas eran tan guapas que comenzaba a sentir celos por cada una de las dos, a pesar de que no eran de las que se descocaban pronto. Si heredaban su gusto por el trabajo y la hermosura de su madre, rozarían la perfección.

«¡Y aún son mías las tres!».

Sacudió la cabeza. No era momento de divagar. Se dispuso a ayudarlas.

Curiosamente, le habían dejado la piedra intacta en la alacena. Se acercó y vio que la envolvía un papel, como una chocolatina con premio.

Sopesó la piedra en la mano, calibrando el daño que podría haberle hecho si se hubiera levantado uno de ellos a por una revista, un café o simplemente a por el mando de la tele. Decidió que tal vez contenía huellas y la guardó en una bolsa de plástico de un supermercado.

Sacó el papel y lo abrió para ver el mensaje: «FORA DE CATALUNYA. CAT».

Sus manos se crisparon. Pero se obligó a no arrugar más aquel papel. Lo guardó en la misma bolsa. Tomó su abrigo y abrazó a sus chicas:

—Voy a denunciar a comisaría y a encargar un cristal nuevo, que no quiero que se llene esto de mosquitos. A ver si podéis poner un plástico o algo, pegado con cinta aislante. No os preocupéis, que no volverán. –Amagó con tocarse el ojo, pero se contuvo, para no alarmarlas, preguntándose si Juana habría visto todo desde alguna ventana.

«Tengo que ponerme hielo».

Y salió.

El espejo del ascensor le devolvió su cara redonda y morena. Pensó qué verían en él los hijos de puta que le habían atacado. Suponía que a un peruano, un «payoponi», como los llamaban, todos les parecerían iguales. Y eso que apenas conservaba rasgos indígenas. Cierto era que tenía algunas facciones y la piel morena, pero era hijo de españoles y mucho más alto que sus hermanos de raza. De hecho, era alto incluso para la media, delgado y bien plantado, y aunque sus facciones eran de «sudaca», como ellos le llamaban, resultaba atractivo para las mujeres.

Sólo que no era peruano. Era español de tercera generación. Su abuelo había sido uno de los primeros que se habían aventurado a emigrar y, a fuerza de trabajo duro, había conseguido la nacionalidad, se había casado con una española y sacado adelante a su familia trabajando jornadas interminables durante siete días a la semana, pagando sus impuestos y acatando las leyes y costumbres de su nuevo país.

Su padre había abierto una tienda de ingredientes y *delicatessen* sudamericanos, y el auge de la cocina internacional, junto con el hecho de que en aquel pequeño pueblo todos le conocían y tenían aprecio, hizo que les fuera bien.

Él, el nieto, había pagado ya su casa y, aunque la tienda ya no iba tan bien como antes por causa de la crisis, se mantuvo cuando muchas otras cayeron, y les daba para vivir sin grandes lujos pero sin apreturas y dándose alguna satisfacción, como viajar de vacaciones a países lejanos una vez al año.

Caminó con zancadas largas y apresuradas, intentando reconocer en el pueblo lo que le había enamorado desde crío. Un lugar tranquilo, donde uno podía vivir en paz. Sólo que había perdido de vista aquella imagen. Ahora sólo había gente que se tapaba los ojos, los oídos y la boca, como los tres monos de las imágenes orientales. Estaba sudoroso y los ojos se le irritaron.

Entró en la comisaría sofocado, buscando una máquina dispensadora de agua que no había. Un policía mal encarado con un bigote que no se llevaba desde los tiempos en que España ganaba Eurovisión, tan denso y poblado como un cepillo de ropa, torció el gesto al verle.

«Mal empezamos».

—Vengo a denunciar una agresión. Me han tirado esta piedra con este mensaje y, cuando he bajado, me han golpeado. –Señaló su ojo–. Tengo que ir al hospital a dar parte.

El policía echó mano a la bolsa, que abrió sin pensar en las huellas. Ni se inmutó. Samuel no sabía si era porque estaba acostumbrado a recibir pequeños dramas o simplemente porque no le importaba lo más mínimo. Sospechaba que era esto último. Se dirigió a él sin mirarle.

—*En català, sisplau*.

Samuel suspiró. Su primera reacción fue contestar mal, pero comprendió que no conseguiría nada con una actitud desafiante.

«¡Estamos en Aragón, hijo de puta!».

Respiró hondo y repitió la frase en catalán. Recibió la respuesta casi antes de terminar su frase, señal de que el muy cabrón le había entendido perfectamente.

«¿Cómo no le iba a entender?».

—¿Ha visto al que le ha tirado la piedra?

—No.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué quiere que le haga yo entonces?

—Tengo la piedra y el papel. Tendrán huellas, la letra… Algo podrán hacer, aunque sólo sea tomar nota para que no se repita. Y conozco al que me ha golpeado. Podría reconocerle en una rueda de reconocimiento.

—¿Tú sabes dónde estamos? Ves muchas películas.

No pudo contenerse más.

—¿Y si la piedra me hubiera dado en la cabeza? ¿Y si me hubiera matado? ¿O a mi hija? ¿Le importaría lo mismo entonces? ¿Y qué pasa con la agresión? –Le mostró de nuevo el ojo, que cada minuto le dolía más y se estaba empezando a hinchar.

—Es una chiquillada de algún grupo de niños.

—Ah. Claro. Y ahora me va a decir que si le hubiera ocurrido a usted, se lo hubiera tomado igual.

El agente se levantó.

—No te pongas chulo, que tengo mal día.

—El que ha tenido mal día he sido yo. Y usted está ahí para solucionarlo. No querrá que le arregle yo lo suyo…

—¡Ya me estás cabreando!

Samuel volvió a suspirar. La tensión que le dominaba amenazaba con explotar, y aquel desgraciado, encima, le amenazaba.

Respiró hondo, obligándose a calmarse.

—¿No va a tomarme declaración? ¿Tengo que irme sin más?

El policía se encogió de hombros. Sintió deseos de agarrarle aquel bigote y tirar de él como si fuera una tira de depilación, pero sus manos crispadas se agarraban mutuamente para no hacer una tontería.

—Recibirá usted una denuncia por negligencia, señor mío. Adiós.

Salió rápidamente al calor del exterior, donde hiperventiló hasta que sus nervios se calmaron un poco. Notó la quemazón del ojo.

La noche llenó el ambiente de humedad y de mosquitos. Sólo le faltaba que le picaran en el moratón.

Se dirigió a la cristalería para encargar el cristal.

«¿Qué coño le pasa a la gente por la cabeza?».

Estaban en Aragón. Por mucho que Cataluña quisiera esas tierras, hacía falta algo más que demagogia y campañas cutres de propaganda para intentar convencer a la gente de que estarían mejor en Cataluña, que serían ciudadanos de primera.

Pero los revoltosos hasta ahora se habían limitado a mítines, pancartas, y en general a joder y boicotear actos de los demás grupos políticos, tras crear un partido que crecía día a día, alimentado con las patrañas.

«¿Ciudadanos de primera? ¡Igual que los que vivan en la Barceloneta vamos a ser! ¡No te jode!».

Pero ya no era sólo un incordio. Supo que aquello era algo más que una broma.

Era un punto de inflexión.

Había esperado algo así, pero no tan pronto.

Había vivido episodios de odio hacia los inmigrantes, pero en el pueblo, todo el mundo asumía que él ya no lo era, y sí un español a todos los efectos. Se había avanzado mucho en el tema del racismo, aunque la comunidad sudamericana era la que menos lo había sufrido, pero aquello ya no tenía nada que ver con fobias.

«¡Por Dios santo, si su pedazo de mujer era española!».

El pueblo se encontraba en una zona caliente. La llamada Franja, en la frontera entre Aragón y Cataluña, ya hacía muchos años que era tierra de disputas.

Todo había comenzado con el tema del hospital. Los fragatinos preferían ser asistidos en el hospital de Lérida, más cercano, que en Huesca o Zaragoza, porque la situación les obligaba a hacer muchos kilómetros de coche. Pero el Gobierno catalán había remitido astronómicas facturas al aragonés, hinchando en precio y pacientes la minuta, e incluso se había negado, en algunos casos, a atender a pacientes de la zona.

Fraga se consideraba, en general, aragonesa, pero a raíz del tema de la asistencia sanitaria, muchos comenzaron a dejarse llevar por las consignas catalanas y a pensar si no les convenía más ser catalanes que aragoneses, por impuestos, por infraestructuras, pues era muy triste ver la diferencia de carreteras entre las dos comunidades; incluso la autopista estatal y de pago, mejoraba ostensiblemente cuando aparecía el cartel de «Provincia de Lleida», que, por cierto, se había adelantado unos diez kilómetros, casualmente, por supuesto.

También había habido polémica por obras de arte expoliadas a iglesias aragonesas, que se exhibían en museos catalanes. La ley había dado la razón a Aragón, e incluso el clero, pero los políticos se negaban a entregarlas, aduciendo que se trataba de su cultura.

Nadie diría que se encontraban en Aragón. Incluso los extranjeros que pasaban por el pueblo, preguntaban:

—¿Qué pasa? ¿Qué están en fiestas o qué?

Porque las banderas colgaban de la mayoría de los balcones y comercios, identificando la postura inequívoca independentista, dado que nadie en su sano juicio se atrevía a colgar una bandera española, ni aunque España ganara el tercer mundial.

A él, hasta ahora le habían parecido tonterías. Una anécdota curiosa que serviría para crear chascarrillos en los cafés de las reuniones de los consistorios aragoneses. Pero de repente ya no le hacía ni puñetera gracia.

Tampoco era como para liarla y colgar la –verdadera– bandera aragonesa, pues seguro que ya habría sufrido un «ataque preventivo», pero era evidente que no iban a «animar su catalanismo» con acciones como aquella.

«¡Si ya de por sí no los podía ni ver…!».

Se preguntó en qué momento se había radicalizado todo, aunque tras los sucesivos referéndums, la atención del pueblo hacía años que ya se había desviado hacia la comunidad vecina.

Se creó un partido catalanista en el pueblo y sus adeptos se fueron mostrando más vehementes…, hasta incitar a la violencia.

El pueblo estaba dividido, pero los más notorios eran los partidarios de la anexión a Cataluña, que se manifestaron cuando la ley exclusivista de lenguas no prosperó.

Y ahora en definitiva, comenzaban a pagar su frustración con violencia.

¿Y a quién más fácil de golpear que a alguien a quien nadie echaría de menos? ¿Alguien a quien nadie ayudaría?

Se sintió deprimido.

Y todo iría a peor.

El clima político se había enrarecido con el segundo mandato conservador, por las presiones socialistas y de la izquierda, que seguían criticando la política de austeridad del Gobierno mientras prometían subidas alucinantes de pensiones, pagas, ayudas a funcionarios, minorías e inmigrantes. Samuel no apoyaba, sin embargo, a los socialistas, por mucho que había sido la clase media la que había soportado la crisis. Lo tomaba como un sacrificio por el bien general, y pensaba que los socialistas lo único que sabían hacer era dar ayudas sin medida, con fin populista, mediático y político, a cambio de votos. En definitiva, gastar un dinero del erario que pronto agotarían, devolviendo al país a la crisis galopante que ya causaron.

Y las cuestiones nacionalistas habían emergido tras la crisis con más fuerza que nunca. Tanto vascos como catalanes negociaron con el Gobierno conservador, y los vascos llegaron a un jugoso acuerdo de bonanza económica a cambio de un estatus federal con plena autonomía, pero perteneciendo aún a España.

Pero los catalanes querían más. No habían salido de la crisis como los vascos y su población, que aumentaba día a día con la inmigración, se llenaba de parados y de bocas nuevas que alimentar, necesidad inversamente proporcional a la calidad de sus políticos, que eran increíblemente incapaces de remitir la crisis, el paro y la inseguridad. Y recurrían a algo que les daba votos: la independencia como una huida hacia delante. Cada día con más fuerza y cada día generando más presión popular a través de la propaganda mediática, para tapar las necesidades día a día más acuciantes.

Se repetían eslóganes que ya nadie se creía después del sí del Gobierno español al estado federal:

«España nos exprime», «Pagamos las facturas de comunidades pobres», «Somos el granero de España».

Y cuando las elecciones generales se acercaban, el rumor creciente era que, dada la igualdad, los socialistas iban a pactar con los catalanes para gobernar a cambio de la independencia. No tenían otra, ya que el Gobierno conservador había revertido las críticas de su primer mandato y se presentaba como el triunfador tras la crisis.

Tras encargar el cristal, llegó a casa.

Pasaron la tarde conversando con las niñas y haciendo planes de un nuevo viaje, para que olvidaran el mal trago, y las acostaron pronto. La pareja cenó entonces. Acordaron darse un pequeño homenaje para compensar aquel día aciago.

Al terminar la cena, Juana le sirvió una copa de licor.

—¿Crees que se repetirá?

—No lo creo. Espero que sea un hecho aislado. Hasta ahora este pueblo ha sido como un oasis entre las arenas del jaleo entre los dos Gobiernos. Aquí apenas llegan las noticias, ni falta que nos hacía. Los atentados de ambas partes quedaban tan lejos porque este pequeño oasis no le interesaba a nadie, pero el hecho de que todo comience a revolucionarse de esta manera aquí mismo, significa que en el resto del país la cosa tiene que estar peor que mal.

—Tal vez deberíamos poner una señera en la ventana o algo así.

Samuel dio un pequeño respingo.

—¿No crees que eso sería doblegarnos? No hemos hecho nada malo. Y recuerda que esa es la bandera de Aragón. Jamás pondré la bandera independentista. Yo no creo en eso. ¡Joder! Somos españoles y quiero seguir siéndolo. Si ya me jode que se separen, pero que hagan lo que les dé la gana y nos dejen en paz a los aragoneses.

—Claro que no hemos hecho nada malo, pero si la cosa se recrudece, pensarán que si no estamos con ellos, estaremos contra ellos. En el ayuntamiento se habla de eso cada día.

—Muy puesta te veo.

Juana se rascó el pelo, incómoda; gesto que no pasó inadvertido a su marido.

—Es que no puedo evitar ver lo que pasa.

Samuel se acomodó en el sillón. Quería ver hasta dónde iba a llegar su esposa.

«¿El enemigo en casa? ¡No me jodas!».

—¿Y qué pasa?

—Pues que se rumorea que Cataluña va a anexionar la Franja entre otras tierras.

—No se atreverán. Somos españoles y aragoneses. Eso sería una agresión y podría causar una guerra civil.

—Sí, pero tal vez nos convenga dejarnos llevar por la corriente. Ya sabes: «Donde fueres, haz lo que vieres».

Samuel sonrió.

—Mal lo tienes si me pones de ejemplo el *Quijote*. Un caballero andante que lucha contra las injusticias. Él se rebelaría contra todo esto.

—Sí, y romperían su ventana.

«¡*Touché*!».

—Pero es que yo no me he posicionado a favor de España, aunque lo piense. Siempre he sido muy cauto y lo sabes.

—Sí, pero tu cautela puede ser malinterpretada. Quizás sea mejor…

Samuel no estaba para acertijos.

—Cariño. Por favor. Deja de hablar de quizás y dime lo que piensas claramente, que me vas a volver loco.

—Hay un partido procatalán. Si nos afiliamos…

—No.

—¿Por qué?

—A ver. ¿Tú te sientes catalana? –Abrió los brazos imitando una aburrida sardana. Ella rio.

—No especialmente. Pero prometen muchas ventajas a los que adopten la nacionalidad catalana. Mira lo que pasa en Andorra. Lo difícil que es ser andorrano y lo bien que les va.

—Sí, pero es que Andorra es un país hecho, con una historia propia aunque corta, con un sistema bancario caduco, un paraíso fiscal con una fecha de extinción muy corta ya, y su principal fuente de ingresos se les va a caer. Eso se va a acabar, y el país ya está maduro en lo que al turismo se refiere, con lo que van a pegar un bajón espectacular.

—No si se lo anexiona Cataluña e integra el sistema bancario al país.

Samuel abrió los brazos.

—¿Pero qué país? Hablas como un político. No me lo puedo creer. –Se acercó a ella–. Tú te crees todo esto, ¿no?

Ella se removió incómoda en el sofá.

—No puedo evitar creerlo. Está ahí. –Tomó las manos de su marido–. A ver. Yo no me siento ni me dejo de sentir. No va de eso. Es simplemente que si nos aprovechamos, podemos vivir mucho mejor y si no nos aprovechamos continuarán rompiendo cristales y Dios sabe qué más. –Movió las manos arriba y abajo simulando una balanza–. ¿Qué prefieres?

Samuel respiró hondo. No quería que pareciera que no reflexionaba su propuesta.

—Comprendo lo que piensas. Pero también debes poner en la balanza que mi familia lleva tres generaciones luchando por su autenticidad. Cuando mi abuelo vino aquí, fue España la que lo acogió, con lo bueno y con lo malo. Si de repente nos hacemos catalanes y olvidamos eso, es como si emigráramos de nuevo. Tal vez no puedas entenderlo pero para mí es muy importante. Porque ahora sé quién soy y amo a mi país por lo que me ha dado. Pero mañana… ¿Quiénes seremos? ¿Y si deciden hacer una purga? De repente te sientes muy catalana, pero recuerda la crisis vasca. Había y hay una especie de competición: a ver quién es más vasco; a ver quién tiene los genes más puros… Y todo eso degenera en un sistema clasista, que seguro que se repite en tu Cataluña. Y dime, ¿en qué posición vas a quedar tú? ¿Qué seremos a sus ojos? Un peruano y su mujer que vivían en un territorio anexionado, de segunda. Lo peor. En una escala social del uno al diez, sinceramente…, ¿dónde estaríamos? –Entonces fue él el que tomó las manos de Juana entre las suyas–. Cariño, sé lo que parece, pero aunque no te guste, para ellos, eres la mujer de un emigrante, por muy tercera generación que sea. Hasta ahora no has tenido conciencia de esto porque vivíamos en un país en el que teníamos un sitio, pero si cambiamos, tristemente vas a empezar a ser muy consciente de esto, y no creas que no lo siento. Creía que todo eso había quedado atrás.

Juana pensó con calma y al fin le besó.

—Lo comprendo. No te preocupes. Seguiremos como hasta ahora.

Se levantó, tomó las copas y fue hacia la cocina.

Samuel suspiró. Sentía su enfado silencioso como el olor de un guiso que se quema. Esto no iba a quedar así. Había ganado la discusión apelando al factor sentimental y a su carácter de inmigrante, con un argumento que su mujer por obligación conyugal no podía rebatir, pero no se lo había tragado ni de coña, y su irritación era más que palpable.

«¿Y de dónde sabe tanto Juana? ¿Ha dicho del ayuntamiento? ¿Y qué hace allí, si soy yo el que hace todas las gestiones? Que yo sepa, no lo ha pisado en su vida».

Pensó detenidamente mientras apretaba el vaso con hielo a su ojo maltrecho.

«¿Estará haciendo campaña por su cuenta? ¿Habrá iniciado sus propios trámites para la nacionalidad catalana, como ha dicho?».

Se dio cuenta de que entraba en terreno peligroso.

«¿No será que, aunque sea involuntariamente, ha mencionado mis preferencias políticas, y eso es lo que ha atraído a esa gentuza? ¿En el ayuntamiento? ¡Vamos hombre!».

Pero sacudió la cabeza, quitándose de encima pensamientos tan funestos.

«Estoy hablando de mi mujer. Juana me quiere y no haría eso. Es el dolor del ojo y la mala Virgen, lo que me hacen pensar así. Mañana lo veré todo de otro modo».

Salió al balcón. Habían hecho un gran trabajo con el cristal.

«¡Estaría bueno que tuviera que poner un antibalas!».

Con la discusión se había acalorado un poco y ni con el frescor de la noche parecía sentirse mejor. Aquel año el calor se había adelantado y las noches comenzaban a cambiar, oscilando peligrosamente en temperatura, como el carácter de las gentes de aquel pueblo.

Reflexionó.

«Tal vez es que no he prestado atención al mundo exterior. He vivido en una burbuja».

Se encogió de hombros. De todos modos, no podía dormir. Se sentó ante el televisor y conectó un canal de noticias. A medida que se sucedían, comenzó a sudar:

«—Cataluña se niega a pagar los préstamos recibidos de Madrid.

»Atentado terrorista en Valladolid. Tres muertos y cuatro heridos por una bomba de fabricación casera en un centro comercial, cerca de un establecimiento que había aparecido en la lista negra por negarse a comprar género catalán. El ministro de Interior dice textualmente: "Hay que cortar el grifo al dinero español en la comunidad catalana".

»Se archiva el caso de corrupción inmobiliaria por parte de la empresa catalana que dejó a medias la reforma del estadio Santiago Bernabéu en Madrid el pasado año.

»Los manifestantes se radicalizan».

Vio imágenes de quema de banderas catalanas y españolas, respectivamente. «¡Dios mío!», pensó. Estuvo tentado de apagar la televisión, pero decidió que sería su castigo y penitencia por haber vivido a espaldas de la realidad. «Tal vez si hubieras conocido todo esto, hubieras podido prever lo que ha pasado hoy, como parece que Juana hizo».

«—Se llevan al Congreso los gastos superfluos del dinero del Estado en estudios ordenados por la izquierda radical catalana con fondos públicos.

»El Gobierno ordena cerrar las páginas en las que se hace apología del boicot, tanto a productos catalanes, como a los españoles, por vulnerar la política de libre comercio, pero al día siguiente vuelven a aparecer en portales diferentes.

»Conferencia del profesor de historia Pere Amador. Altercados de grupos fanáticos catalanes apostados a las puertas de la universidad. El profesor sale escoltado por la policía.

»El líder del *Govern català* comparece ante el Congreso de los diputados, negando tajantemente haber comprado armas en el mercado negro, aunque sí reconoce contar con su "servicio de inteligencia" para proteger los intereses del pueblo catalán contra la opresión soberanista.

»Manifestaciones en las principales ciudades catalanas contra los recientes actos vandálicos contra Gobiernos autóctonos.

»Presiones de los grupos políticos radicales, partidarios de la separación inmediata, que reclaman el supuesto pacto oculto del *Govern* con la oposición socialista en España, favorita en las próximas elecciones de octubre.

»Declaración del jefe de Gobierno de Andorra: "No queremos ser catalanes. Que nos dejen en paz"».

Se frotó la cara y el ojo. «¡Joder! Avanzamos hacia la violencia más salvaje. Si alguien no pone fin a la escalada, la sucesión de venganzas nos destruirá».

Salió de nuevo al balcón a respirar. Lo necesitaba. De pronto, se sentía sofocado.

«¡Ahora sí que no iba a dormir!».